

Si no hubiera sido por Berta, jamás se me habría ocurrido acercarme el sábado a aquel local sombrío y algo siniestro. Berta es mi compañera de pupitre y se pasa el tiempo organizando cosas y arreglándoles la vida a los demás. Bueno, supongo que en todas las clases hay alguna Berta. Suele ser una chica monilla, de buen tipo, que sale voluntaria a la pizarra y acostumbra a llevar la voz cantante cuando hay que pedirle a un profesor que nos retrase algún examen. Se diría que intenta demostrar que, además de ser guapa y de tener buen tipo, sabe hacer otras cosas. No es que a mí me moleste la forma de ser de mi amiga, pero a veces resulta algo infantil ese afán de protagonismo. Yo, en la vida, procuro ir de puntillas, pasar desapercibido. No me gusta llamar la atención. A Berta sí. Berta, por ejemplo, en cuanto el tutor nos anuncia que vamos a ir de excursión, se ofrece para fotocopiar el programa, hacer la lista de participantes y recoger el dinero del viaje.

Imagino que en el mundo tiene que haber Bertas como tiene que haber Guillemos (Guillermo soy yo) para que las cosas se equilibren un poco. Así que fue ella quien, el sábado pasado, se empeñó en que la acompañase a un salón de la Caja de Ahorros donde, al parecer, había un grupo de teatro que buscaba gente para representar una comedia. A mí, el teatro nunca me ha interesado mucho, lo confieso, de modo que le dije que no tenía ninguna intención de hacer el payaso para divertir a un montón de chavales gritones. Berta me aseguró que no era una obra para chicos, sino una obra seria, una obra *de verdad*. Le respondí que, de cualquier modo, tampoco me interesaba participar en una obra *de verdad*. Y es que lo único que a mí me gusta *de verdad*, lo único que consigue licuarme la sangre en las venas, es un buen partido de baloncesto, uno de esos partidos que jugamos los sábados en la cancha de cemento que hay cerca de mi casa. Lo malo es que durante todo el mes de enero no ha parado de llover, y el suelo está lleno de charcos, y tampoco nos dejan utilizar el polideportivo del instituto porque siempre hay competiciones, o clases de gimnasia, o unos tipos que vienen a hacer exhibiciones de judo y se pasan todo el tiempo saludándose.

Lo que quiero decir es que, el sábado, cuando Berta me propuso que fuese con ella a ese asunto del teatro, yo estaba muy deprimido porque de nuevo había amanecido lloviendo y otra vez tendría que pasarme el día sentado ante el televisor o jugando con la consola de mi hermano. Así que le dije que bueno, que, si quería, la acompañaba, pero solo para ver qué era aquello; de ningún modo para hacer el imbécil subido a un escenario, porque lo mío era pasar balones, tirar a cesta e imitar a Michel Jordan. Entonces, ella se cabreó un poco y me recordó que en la vida había que ser algo más sociable y participativo, y que no se podía estar siempre agazapado como un pulpo. No es que me convenciera, desde luego, pero para zanjar la cuestión le respondí que, como mucho, y *si no había otro remedio*, aceptaría el papel de apuntador...